

LA IMPRONTA FILOSÓFICA DE JAVIER MUGUERZA

Victoria Camps

Victoria.Camps@uab.cat

Universidad Autónoma de Barcelona

Ha sido una muy buena idea celebrar este homenaje en el contexto de una Semana de ética ya que fue a Javier Muguerza a quien se le ocurrió la idea de organizar la primera, también en la Uned, hace la friolera de treinta años largos. No fue lo único que Javier impulsó, como tendré ocasión de decir aunque sea muy brevemente, pero fue el primer paso para que la ética empezara a adquirir una visibilidad que antes no tenía, tanto en los departamentos de filosofía, como fuera de ellos. Las semanas de ética fueron seguidas por otras iniciativas todas ellas destinadas a estructurar lo que el propio Muguerza denominó la *etische Gemeinschaft*, una comunidad de diálogo sin duda menos ambiciosa que la prevista por Habermas, pero también menos utópica que aquella. La comunidad ética ha ido tomando cuerpo y nutriéndose a sí misma en la revista *Isegoría*, la *Enciclopedia de Filosofía*, los Congresos Iberoamericanos de Filosofía, el Instituto de Filosofía y los departamentos de Filosofía donde hay profesores de ética. Fue ciertamente la obra y la enseñanza de José Luis Aranguren lo que dio el primer empuje académico a la ética. Javier añadió algo más: hizo todo lo que pudo para convertirla en una de las ramas más potentes de la filosofía.

No pretendo decir en absoluto que ése sea el único mérito de Javier como filósofo, pero es sin duda uno de los que debemos reconocerle todos los que le hemos seguido en el empeño de hacer una filosofía moral homologable con lo que se hace a nivel internacional. No es el único mérito de Javier, pero sin su capacidad de persuasión para arrastrarnos a muchos de nosotros, no se hubiera conseguido. Me temo que a Javier le gusta poco que le reconozcamos como maestro, pero me atrevo a conjeturar que, en cambio, se sentiría a gusto como el hermano mayor de varias generaciones de filósofos y filósofas de la moral. Yo misma conocí personalmente a Javier con ocasión de mi tesis doctoral que versaba sobre la pragmática del lenguaje. Era una tesis de filosofía analítica que sólo muy tímidamente se asomaba a la ética en uno de sus capítulos. Javier fue uno de los miembros del tribunal de mi tesis (el vocal más joven a ser exactos) y recuerdo que, en el turno de preguntas, me preguntó qué pensaba de la teoría de la justicia de Rawls, a quien yo entonces apenas conocía, extremo que me guardé bien de poner en evidencia en aquel trance. Poco después, Javier se trasladó al departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona y allí no tardó en convencerme de que debía dedicarme a la ética, pues ése era —como él solía decir— «mi lugar natural». Lo que efectivamente me convenció de que la filosofía moral era la rama más atractiva de la filoso-



ña fue la lectura de *La razón sin esperanza* que, aun conservando un cierto aroma de pensamiento analítica, era sobre todo un libro de ética.

El paso de la filosofía analítica a la filosofía moral fue bastante habitual entre los filósofos de la época a que me refiero. En nuestro caso, sin embargo, si la *etische Gemeinschaft* se ha extendido exponencialmente es porque, desde el principio, Javier estuvo a la cabeza y ejerciendo el liderazgo de la comunidad ética. No porque, entre las cualidades de Javier, esté la de ser un buen gestor. Más bien se complace en demostrar que no lo es, que se encuentra mucho más cómodo propiciando el desgobierno y la improvisación. Lo que sí tiene es una tremenda e incluso temible capacidad de arrastre. Creo que nadie que haya tenido en principio una mínima voluntad de ejercitar el pensamiento racional ha escapado al intento de Javier de llevarle a engrosar las filas de la comunidad ética. Una comunidad que, como él mismo se ha encargado de escenificar en muchas ocasiones, no está restringida a los filósofos de la moral, sino abierta a todos los que cultivan los parafernalia de la ética: la filosofía política, la filosofía del derecho, la filosofía de la religión, una cierta antropología, una cierta filosofía de la ciencia, una cierta sociología. Por supuesto, también ahí cabe la filosofía feminista. De esa voluntad de construir una comunidad ética lo más extensa posible nació, por ejemplo, la idea de casar a la filosofía moral y política con la filosofía del derecho. Como idea no fue desafortunada aunque en la práctica el matrimonio fuese efímero. En cualquier caso, no creo que ese matrimonio hubiera llegado a consumarse sin los artificios que supo poner en marcha nuestro filósofo.

Lo más curioso y meritorio de alguien que ha dedicado una buena parte de su tiempo a tejer la red estructural de la filosofía moral, no sólo en España sino en el mundo hispanohablante, incluso ibérico, es que ha sido una persona muy poco preocupada por hacer escuela o por tener discípulos. Tampoco estamos hablando de un personaje apegado al desempeño de cargos institucionales, más bien todo lo contrario. Por ejemplo, siendo como fue el artífice y mentor del Instituto de Filosofía, nunca tuve claro si llegó a ser realmente el director de dicha institución o siempre lo fue en funciones. Las innovaciones, sobre todo las tecnológicas, nunca le han interesado. Javier ha conseguido sobrevivir hasta hoy como filósofo, como escritor y como profesor de una universidad a distancia, sin llevar nunca una agenda, sin escribir a máquina, sin tener ordenador, sin utilizar el móvil, sin acercarse a internet y llevando un reloj que siempre marca la hora equivocada. Su noción del tiempo es envidiable para los que no sabemos librarnos de las premuras de una época agobiada por las prisas y por tener que entregar un texto en la fecha prevista. Javier se las ha ingeniado siempre para llevar a la práctica su perplejidad filosófica que le obliga a demorar cualquier acción. Dice, para justificarse, que pertenece al club de los *procrastinators*, que son artistas en dilatar las decisiones. Pero ésa es sólo una faceta de su personalidad: la del perplejo y dubitativo. La otra es la del obstinado por la que no cesa en el empeño de defender la posición o la causa que cree racional y justa. Alfredo Deaño describió muy bien las dos facetas de Javier diciendo que en su persona convergían la indolencia propia del andaluz y la tenacidad del vasco.

Él mismo es el primero que ha admitido esa dualidad de su personalidad reflejándola muy bien en el apéndice a su libro *Desde la perplejidad*, que lleva el



título de «Perplejidades y obstinaciones». Javier no se ha dedicado sólo a tejer los mimbres de una comunidad ética, sino que ha desarrollado una filosofía moral propia que es, por un lado, uno de los más claros ejemplos del pensamiento aporético y, por otro, una defensa obstinada de los tres conceptos con que acertadamente Carlos Gómez ha resumido su pensamiento poniéndole título a esta mesa: la razón, la individualidad y el cosmopolitismo. Sus dos libros más destacables nos hablan de la desesperanza y de la perplejidad, pero también del disenso y de la constante utópica que debería acompañar a cualquier ética. Al pensar en combinar lo que más bien suena a escepticismo con la voluntad firme de disentir y de no abandonar el discurso utópico de salvación, una se pregunta: ¿cómo se puede ser utópico y, al mismo tiempo, desesperanzado? ¿Cómo se predica cualquier imperativo, incluido el del disenso, desde la perplejidad? Sólo es posible entenderlo si conseguimos unir las dos facetas: la del dubitativo y perplejo y la del obstinado por la crítica y por la búsqueda de fundamento racional como condiciones necesarias de la filosofía moral. Si algo merece el reproche inmediato de Mugerza son las posiciones excesivamente complacientes con la realidad o exponentes de un pensamiento débil (él lo ha llamado con ironía «flácido»), un pensamiento que rehúye la crítica porque acaba relativizándolo todo. En una reseña que yo misma le hice a *La razón sin esperanza* destacué lo que para mí era uno de los aciertos de aquel libro y que ha seguido siendo una constante en toda su obra: la convicción de que el relativismo degenera fácilmente en un escepticismo filosóficamente estéril y quizá incluso irresponsable.

Quizá sea esa constante la que se traduce en su adhesión inquebrantable a una filosofía pura y dura, alejada de esa tendencia tan actual y tentadora hacia lo práctico y hacia las éticas aplicadas. «Si los hechos no coinciden con la razón, peor para los hechos», es una frase afortunada que Mugerza repite y que sintetiza de algún modo su manera de filosofar. Es una filosofía que se asienta en la razón y se niega a desconfiar totalmente de tal facultad, aun cuando la califique él mismo como «razón sin esperanza». Tiene que ser así, porque, a su juicio, la filosofía o es metafísica y permanece agarrada a las grandes cuestiones sobre el fundamento, o deserta de sí misma.

Ya en uno de sus primeros escritos, «De inconsolatione philosophiae» (1976), una excelentemente bien articulada metafilosofía en forma de diálogo, se pone de manifiesto esa impronta que no dejará que le abandone. Afirma allí que el fracaso —o la defunción— de la filosofía no puede tener otra explicación que el fracaso de la razón misma. Y aun cuando tal constatación pueda llevarnos fácilmente a desconfiar de la razón, es imperativo mantenerla como nuestro mayor asidero, pues no hacerlo sería sucumbir y condescender con la facticidad de los hechos, algo que un filósofo en toda regla no debe permitirse. Eso sí, dado que la razón no se hará manifiesta en la realidad, el proyecto filosófico siempre será utópico. La utopía, como horizonte del pensamiento y no como meta final del mismo, es inevitable si creemos en la tesis empirista de que el ser y el deber ser pertenecen a categorías diferentes y que no hay deducción lógica del segundo con respecto al primero. El deber ser nunca podrá fundamentarse en el ser sin prostituirse, los juicios de valor y los juicios de hecho pertenecen a órdenes epistemológicos dispares. Por eso la ética tiene que partir del supuesto nada gratificante de que el deber ser nunca llegará a hacerse del todo real. Tal circunstancia es, en el fondo, la razón de ser de la ética.



El discurso sobre la razón adquiere tintes más apocalípticos en *La razón sin esperanza* (1977), donde se plantea la incongruencia entre la idea de una razón pura que establece los criterios y se erige en portavoz de los imperativos éticos, y la ausencia de garantías reales para descubrir el carácter certero e infalible de dicha razón. Muguerza se enfrenta sin temor al círculo vicioso del método trascendental que ha funcionado durante años como el más serio soporte de la racionalidad. En un último y desesperado intento por salvar dicho método, inventa la figura del Preferidor Racional al que define como «portavoz de la opción moral absolutamente preferible», aunque se apresura a añadir «siquiera a título ideal desde el punto de vista de la razón». Son los últimos coletazos de una filosofía moral analítico-trascendental que sigue dejando sin respuesta convincente la impertinente pregunta kantiana: ¿cómo es posible que la razón pura sea práctica? Quizá sea posible, aventura aún Muguerza, si nos acogemos a las corrientes historicistas, como, por ejemplo, la que representa Ernst Bloch. Habrá que aceptar, en tal caso, que la racionalidad no es un punto de vista, sino algo mucho menos previsible, algo que hay que ver realizar a lo largo de la historia. El sujeto trascendental desencarnado y abstracto será sustituido por la intersubjetividad, en la senda de lo que está propugnando Habermas. La razón, en cualquier caso, será sólo un proyecto utópico, no una guía que está a nuestras espaldas para dirigirnos y orientarnos, sino algo previsible en un futuro o en un más allá simplemente como promesa de salvación.

A partir de aquí, Muguerza ya no pretende alimentar la esperanza, sino escribir *Desde la perplejidad* (1999). El Preferidor Racional queda como un hito de su travesía filosófica, que no merece ser recuperado. Ahora el protagonista, el único punto de partida, es la conciencia individual. Dado que el punto de vista racional no le pertenece a nadie en concreto ni en exclusiva, lo que se impone es desconfiar de cualquier atisbo de propuesta que se haga en nombre de la razón. Lo único que vale es el individuo y su libertad, una libertad no exenta de dudas y de perplejidades. Con la afirmación del individuo, nace la «ética del disenso», una ética que no deja de ser normativa pero lo será sólo desde la crítica y desde la discrepancia. En el fondo, hay que reconocerlo, una ética que no se aviene a dejar de ser racional. Precisamente por ello, cualquier propuesta empírica aparece como insatisfactoria e insuficiente porque la razón práctica, repitámoslo, siempre se encuentra más allá de los hechos.

En Muguerza, en definitiva, la tenacidad y la obsesión por hacer una filosofía a la vieja usanza, muy racional, conviven con una clara voluntad de sembrar el desconcierto, apuntarse a la heterodoxia, manifestar la vena más anárquica y no abandonar la incertidumbre. Por una parte cree firmemente en una filosofía que no debe renunciar de ningún modo a la razón aunque ésta tenga que escribirse con minúsculas. Por eso se resiste a abandonar la metafísica, la búsqueda de fundamento o el pensamiento utópico. Se resiste con la fe del obstinado. O quizá con la fe del soñador que no deja de anhelar poder agarrarse a la razón aun sin esperar mucho de ella. Ahora bien, también confiesa que hay que resignarse a no llegar nunca a un final feliz, sino a quedarse a medio camino. La filosofía no está hecha para consolar, sino para demoler prejuicios, para ejercer la crítica fomentando la reflexión y el diálogo. El pensamiento filosófico, porque es aporético, es mera búsqueda, y per-



manecer en la búsqueda sin querer encontrar el final del trayecto, es la forma de evitar tanto el dogmatismo como el escepticismo.

No quisiera acabar esa breve semblanza de Javier Muguerza sin mencionar un rasgo de su personalidad, que es su singular capacidad para la amistad. No me refiero a ese cultivo de las relaciones humanas que, en definitiva, responde a motivos descarnadamente utilitarios. El tipo especial de relación que sabe suscitar Javier es aquel que no duda en demorarse en el conocimiento y reconocimiento de los demás para poner de manifiesto algo valioso que los otros tienen. Nadie entre nosotros se ha esforzado tanto como él no sólo en leer a sus coetáneos, sino en dialogar literalmente con ellos. *Desde la perplejidad* no es sólo una crítica de la razón dialógica, como dice el prólogo, sino un diálogo con todos aquellos que tienen algo que decir sobre el uso de la razón. No sólo eso, sino que con quienes primero dialoga es con los filósofos más cercanos, una práctica que suele darse rara vez en nuestros pagos más habituados a mirar hacia fuera que hacia dentro. Por eso, porque la manera de hacer filosofía y el cultivo del reconocimiento por la vía del diálogo van en Javier muy unidas, su forma de hacer filosofía sólo podría ser caracterizada como socrática. No en vano dedica su libro sobre la perplejidad a un filósofo socrático que conoció en Barcelona, Pep Calsamiglia, y que, como él, pensaba que la filosofía no era más que un *seguir camins a les palpentes*, esto es, «andar a tientas».

Seguramente es así, no tenemos más remedio que andar a tientas. Pero aun caminando a tientas, el filósofo a quien homenajeamos ha sido una guía para los perplejos que le hemos seguido. Felicidades, Javier.

